

Más dura será la caída

El prestigio de Suárez puede estar empezando a declinar. El presidente no parece haberse dado cuenta de que su imagen —la más favorable que ha tenido un político español en los últimos tiempos— la ganó a base de demostrar que estaba dispuesto a llevarnos a la democracia jugando limpio y sin ambiciones personales. Cuando nadie daba a su Gobierno más de seis meses de vida una serie de hechos evidentes convencieron a muchos de que Suárez podía ser el hombre del tránsito. Eran tiempos de humildad: el Gobierno se consideraba de gestión y sin más objetivos que preparar unas elecciones generales.

Pero a la humildad ha sucedido la prepotencia y todo hace suponer que Suárez le ha cogido gusto a los sutiles placeres del Poder. Los efluvios del mando le están nublando el entendimiento, y como aquel cómico de la televisión, su muletilla actual es un reiterativo “yo, sígo”. Y está dispuesto a hacer todo lo que pueda —que es mu-

cho— para no descabalar el brioso potro del Poder. Ya fue insólita la norma que, declarando inelegibles a los ministros, le excluía a él de la prohibición. Nadie ha podido explicar por qué si la situación de poder de los ministros aconsejaba su neutralidad electoral, la situación de “más poder” del presidente no debía suscitar ninguna reserva. El ciudadano medio no puede por menos de recordar aquello de “quien hizo la ley hizo la trampa”. Vino después —para hablar sólo de los hitos básicos de un proceso evidente de pérdida de popularidad— el expresado deseo de Suárez de devorar al Centro Democrático convirtiéndole en su guardia de corps electoral. Y no ha hecho falta más para que muchos vean en todo esto la perpetuación de los hábitos franquistas de apegarse a las poltronas a toda costa.

Es una lástima que se empañe así una imagen. El presidente llegó muy alto en la estima nacional y por eso su caída puede ser más estruendosa.